





# MI VASALLO MÁS FIEL



Erma Cárdenas

# MI VASALLO MÁS FIEL



Primera edición: octubre de 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Erma Cárdenas

ISBN: 978-84-17961-58-9

ISBN digital: 978-84-17961-59-6

Depósito legal: M-29011-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Esta segunda edición, a veinte años de la primera, pertenece a los  
amigos, colegas y maestros que han dejado tiempo y corazón en el proceso  
creativo de mi obra.*

*Para todos y cada uno, mi más profundo agradecimiento,*

ERMA CÁRDENAS



Advertencia a un amigo, el lector:

Las diversas voces que abarca *Mi vasallo más fiel*, me obligaron a prescindir del uso tradicional de los criterios editoriales. Por tal motivo encontrarás, a lo largo de estas páginas, que las palabras extranjeras van sin cursiva, deslindándose de las reflexiones que los personajes hacen consigo mismos.





## EL ELEGIDO 1570

El hijo de aquel en cuyos dominios no se ocultaba el sol estudió la carta que tenía entre las manos. Acercándola al rostro, leyó para sí: «Escrita por fray Ángel de Valencia, franciscano, octavo día, mayo... anno Domini, 1552». Don Felipe, segundo en llevar tal nombre, se santiguó cuando pronunció Domini<sup>1</sup>. Luego, prosiguió con sus reflexiones. *La enviaron hace dieciocho años... Durante este lapso, nadie le dio curso, mas nuestra abulia termina hoy. Revisaré antiguas órdenes y viejas disposiciones para fijar el rumbo de la Iglesia. ¡Cuánto lo agobiaba esa tremenda responsabilidad! La humedad deshace los folios. Sus restos quedan sobre mis dedos, testigos mudos de tantas y tantas cosas.*

Las quejas tardaron meses en llegar; pero al cabo las recibió su padre. A Carlos V le causaba inquietud abrir las misivas que atravesaban la mar, pues casi todas anunciaban alguna catástrofe. Y el emperador, arraigado en su palacio, debía resolver engorrosos problemas luchando contra tempestades, debilidades humanas, corrupción e indiferencia. La última calamidad se resumía en las líneas que don Felipe analizaba:

V. M. tiene proveído y mandado que sin su permiso no pasen clérigos a la Nueva España, por los inconvenientes que de lo contrario ocurren. Guárdase tan mal dicha orden que, sin mandato de V. M., vienen a estas partes en hábitos disfrazados y, lo que es peor, algunos arriban suspensos, apóstatas y con máculas vastas y graves.

Al finalizar, arrugó la carta. Su irritación era evidente. *Desde entonces, esos perjurios no han dejado de indignar al alto clero colonial. Mis obispos exigen un escarmiento para*

<sup>1</sup> Señor.



*tal situación, pero mis enemigos, ¡Dios los confunda!, me roban tiempo y recursos impidiendo que solucione conflictos urgentes... Y las reclamaciones aumentan. ¡Fariseos! No solo ponen mi autoridad en duda, también se mofan de las reformas tridentinas. Tamaña audacia enfurecía al Habsburgo. Se ufanan impunemente porque en aquellas provincias no hay vigilancia: la lujuria florece. Muchos sacerdotes cohabitan con indias y engendran bastardos; otros las meten a los conventos para amancebarse. Como pago o agradecimiento, al morir les legan sus bienes y sus amasias acababan pudientes, provocando envidia entre las virtuosas.*

Varios recibían a españolas malmaridadas que escandalizaban al cobijo de la noche. *¡Dan pésimo ejemplo a los naturales! ¡Socavan nuestras enseñanzas!* Su indignación crecía porque, durante su viudez, él mismo sostuvo relaciones ilícitas; la más profana, acaso, con la princesa de Éboli, *esposa de mi gran amigo Ruy Gómez*. Por tal motivo, el remordimiento lo acosaba. *¿Pretendo acallar mi conciencia castigando mi lascivia en frailes descreídos?*

Tras una pausa, acumuló argumentos. *Los perjuros han adulterado la ortodoxia católica. Nada falta para que se vuelvan luteranos o rechacen la sujeción al Papa. ¿Cómo remediaría semejantes males? Inspirando pavor.* Aflojó la gola, cuya rigidez lo incomodaba. *El miedo hará que esos rebeldes obedezcan. No echarán por tierra la unificación que ha ensangrentado mis reinos. Aunque les pese, ¡respetarán mis reglas!*

Caminó por la sala apenas amueblada. Los gobelinós disimulaban la desnudez de las paredes, cortando el frío. Escenas bucólicas, tejidas por hilanderas flamencas, contrastaban con crucifijos y madonas traídos de la Toscana.

Don Felipe aspiró. Tras descargar su encono se sentía menos a disgusto. Luego... *el Santo Oficio jamás frenó la perversión de los renegados. Sin embargo, la Iglesia carece de otros medios para redimir almas. Solo el fuego purifica; solo el dolor ayuda a prevenir purulencias.*

Arrojó el papel sobre una mesa. Su diestra rozó, sin querer, una copa rebosante. *¡Plata! Lo único bueno que aportan las Indias.* Tomó otro pliego; igual que antes, la queja se repetía. *Fray Bartolomé de las Casas solicita nuevas mercedes. Su apremio excede la impertinencia.*

Si podéis revocar bulas y examinar juicios eclesiásticos en segunda instancia, ¿por qué flaqueáis? Plantad Inquisición en esta tierra. Son tantos los desacatos contra Nuestro Señor, que no son dignos de mentar, ni describir a V. M. Oídnos: con el temor al Santo Oficio habría enmienda; si tarda, ya no habrá qué enmendar.



No dilataría la cura. *Les concederé esa gracia. ¡Se la merecen!*

El secretario levantó los ojos. Su instinto, certero siempre, le indicaba el momento en que debía hablar, emergiendo de las sombras y rompiendo su inmovilidad.

—Ampliaremos la cédula escrita en... —don Felipe vaciló. *¿Hace un año me encargué de tan perentorio asunto?* La demora acentuaba su desasosiego porque defraudaba a Dios; pero, repitió, ya nada retrasaría aquella tarea.

—...1569, enero 25 —dijo Jerónimo de Zurita hojeando sus notas.

—Refrescadme la memoria —decretó el soberano.

—¿Demando ese documento al archivo? —como adivinaba la respuesta, se esmeró por recordar frases errabundas, dichas alguna vez.

—No, no lo juzgo necesario. Fice un preámbulo —constantemente hacía preámbulos, de tal suerte que pasado y presente se encadenaran—: «Nuestros insignes ancestros...

—«...Fernando e Isabel...

—«...fieles y católicos hijos de la Iglesia Romana, considerando ensanchar nuestra fe, fundaron el Santo Oficio en sus reinos...»

—Por este medio sus majestades, quienes de la gloria gocen, preservaron la pureza de nuestros dogmas —interpuso Zurita.

El monarca creyó detectar un sutilísimo reproche. De inmediato suspendió el paseíllo y sus ojos miopes enfocaron al asistente.

—Aconsejados, bien se sabe, por el inquisidor general —añadió Zurita.

—¿Os parece loable que, en catorce años, fray Tomás de Torquemada remitiera a la hoguera a ocho mil herejes y cediera noventa y seis mil al brazo secular? —inquiría sin apartar la vista. *¡Osó interrumpirme! Quizá alabé demasiado sus Anales de la Corona de Aragón y, ahora, este se imagina dueño de la Historia y de mis antepasados.*

—Su celo era excesivo, majestad.

—Tanto, que despertó odios ponzoñosos. Cincuenta caballeros y doscientos guardias lo protegían durante sus viajes, aunque tales precauciones no menguaban su alarma. Bebía vino en un cuerno de rinoceronte, según unos; de unicornio, según otros, para eludir venenos mortales.

Intuyendo por dónde andaba la opinión del soberano, don Jerónimo se sintió menos inseguro. Repararía aquella desafortunada intervención cometiendo, a propósito, un error:

—Además, debió explicar su severidad ante el papado dos veces.

—Tres —corrigió el rey, satisfecho.

—Tres... No obstante, fray Tomás conservó su puesto —y yo el mía.

Saborearon esos comadreos en silencio. El paso del tiempo traía y llevaba susurros mezclados con admiraciones lóbregas.

—Sea cual fuere el juicio que nos merezca, Torquemada resultó invaluable durante la expulsión de los judíos. Solo un converso hubiera atacado a sus congéneres aplicando una saña descomunal —dedujo el Austria—. Desde entonces, la fe cristiana brilla en mis comarcas.

—Desde entonces... el mismo año en que Colón descubriera un mundo para Castilla.

—Gracias al astrolabio y a la confianza de mi abuela, doña Isabel. Lo cual me recuerda... —se rascó el mentón, aguzando sus reminiscencias—: deste modo proseguía la primera cédula: «Habiendo incorporado a nuestra Real Corona, por designio y gracia de Dios, nuestro Señor, los reinos y provincias de las Indias Occidentales, islas y tierra firme de la mar Occéano y otras partes, los Reyes Católicos determinaron impedir que los naturales dellas se pervirtieran con falsas y reprobadas doctrinas».

—Después mencionamos que, tras vuestro ascenso al trono, ordenasteis a los obispos americanos fungir como inquisidores, de modo que enjuiciaran, encarcelaran y condenaran transgresiones, para descargo de vuestra real conciencia.

—Se asentó y... no ha servido de mucho... algunos castigos en Mechoacán, Guadalajara y Guaxaca, alguna quema... Tomaremos medidas más rígidas —un rebufo subrayó ese fallo—. Dictaré nuestra anuencia para fundar el Santo Oficio en la Nueva España.

—¿Con fecha de hoy, decimosexto día del octavo mes?

Mientras cavilaba, el Habsburgo asintió.

—Dadme vuestra venia, ¿la dirijo a...?

—Nuestro visorrey, don Martín Enríquez de Almanza, los oidores de Santiago de Guatemala, los magistrados de Nueva Galicia y demás autoridades.

—Gobernadores, corregidores, alcaldes y justicias —detalló el funcionario, con la precisión que le era característica—. ¿Se pregonará en plazas públicas?

—Se pregonará, pues ansina conviene al servicio de Dios y a la buena administración de nuestra justicia. ¡Esta es mi voluntad!

—Y nos tendríamos por muy deservidos si no se cumpliera —intercaló el escribiente, empleando fórmulas habituales.

—Firmaré: Yo, el rey.

—Si os place, atestiguaré: yo, Jerónimo de Zurita, secretario de su católica majestad, fice escribir esta cédula por su mandato.

—A espaldas de la patente agregad algunos nombres.

—Seguet, Soto Salazar, Ovando, consejeros de la inquisición española.

—Bastan. Líbrese con sello y registro de Indias.

Zurita se agachó levemente; al mismo tiempo, retrocedió hasta la puerta. Su ingenio, anticipándose otra vez, daba forma a la licencia real. *Utilizaré un lenguaje específico para aclarar cada uno de los conceptos. La trascendencia del mando así lo requiere.*

Salió justo cuando un paje introducía a don Diego de Espinosa ante el soberano. El cardenal, obispo y señor de Sigüenza se acercó al monarca quien, mostrando una deferencia inusitada, tomó la mano que le tendía.

—Reverendísimo en Cristo... —tras el saludo besó, fervoroso, el anillo. Luego, se acarició la barba. Ese lento ademán enmascaraba su premura—. El empeño que ponéis en vuestra obra, don Diego —dijo al fin—, nos impulsa a pedirnos asistencia en un asunto escabroso: la fundación del Tribunal en la Nueva España.

—El éxito de tal empresa dependerá del hombre que lo instituya —repuso su eminencia. Acostumbrado a esos comentarios sin prólogo, ya ni se inmutaba—. Quizá un canónigo, perito en estas lides e inmune a ciertas prerrogativas... como el favor de vuestra majestad, príncipe católico, celador de la honra divina y la república cristiana.

—Entonces elegidlo con temple pues, cuando viaje por nuestras provincias desempeñando su encomienda, recibirá abundantes distinciones. Se aposentará en los mejores palacios y su hacienda estará bajo la salvaguardia y el defendimiento reales.

—Desta manera ninguno osará perturbar, damnificar, ni facer, o dejar que se le fagan, desaguisados. Consignaremos a quienes incurran en dichos quebrantamientos.

—Pláceme. Assí lo jurarán los cabildos, el arzobispo y los prelados de la muy noble y leal ciudad de Méjico —eructó don Felipe. Su mandíbula prognata le ocasionaba, debido a la pésima masticación, trastornos estomacales.

Monseñor pasó por alto aquel ruido y, al cabo de varios titubeos, arriesgó una pregunta que allanaría calcular la amplitud de tamaña influencia:

—¿El tribunal novohispano se someterá a mi concejo?

—Al igual que las colonias, se someterá a nos —*con mi respuesta corto ambiciones desmedidas.*

Un silencio pesado flotaba en la sala. El empurpurado, reprochándose su falta de tacto, inició la ampulosa despedida. Luego, como si se le ocurriera en ese instante, propuso:

—Señor, quizá os agradaría escoger a Pedro Moya de Contreras para el puesto. El rey lo sondeó con sus ojos miopes.

—¿Moya de Contreras? —dudó, temiendo comprometerse.

—Se doctoró por Salamanca y obtuvo una maestrescolía. Desde hace tres o cuatro años ejerce en Murcia, donde muestra profunda entrega.

—¿Cristiano viejo?

—¿Pronunciaría tal nombre si no lo fuera? Su ancestro, don Álvaro, conquistó la ciudad que porta el apellido familiar y don Rodrigo, su tatarabuelo, guerreó bajo el estandarte de Su Majestad, Pedro de Castilla. Por derecho paterno, usa el escudo que corresponde a los Moscoso.

—¿Tiene educación cortesana?

—Impecable. Al quedar huérfano, el licenciado Juan de Ovando, presidente del concejo de Indias, le brindó protección. Fungiendo como paje perdió sus modales provincianos y, una vez graduado, bregó en la misma asamblea. Experiencia, pues, tampoco le falta.

El rey tomó un minuto para recapacitar.

—Si vuestra eminencia lo recomienda, bástame... mas caiga sobre vos la responsabilidad del nombramiento —tras larga pausa—. Ofrecedle tres mil pesos y una prebenda catedralicia.

Espinosa inclinó la cabeza. Se sentía halagado por la aceptación recibida.

—A nombre de don Pedro, agradezco vuestra esplendorosa generosidad.

Esa complacencia se esfumó días después, mientras entrevistaba al subordinado que tanto ensalzara. La discusión había empezado mal y estaba acabando peor.

—No deseo el puesto —repitió Moya.

*Practica una envidiable cualidad, reflexionó el obispo, rara vez se altera.* A él, en cambio, lo dominaba la ira.

—¡Y yo no tolero vuestra petulancia! —*¡Insolente! Me obligará a dar disculpas porque rechaza un cargo que, cualquier otro, consideraría grandísima distinción.*

—Creedme —rogó el interpelado, haciendo acopio de paciencia—, me desagradan las majaderías. Precisamente, para evitarlas, insisto e insistiré: no soy la persona adecuada para el puesto. El asma, este ahogo...

—Un padecimiento mental —contuvo una réplica—. De vos depende sanar.

—¡Me gustaría que el remedio fuera tan sencillo! —su comentario pasó inadvertido. *¿Me tacha de histérico? ¿Acaso me endilga esa dolencia mujeril?*

—Respirad hondo, tomad vino tinto durante las comidas y... olvidad vuestros pulmones. Cuanto más penséis en ellos, más molestias os causarán.

—Remitiré tales consejos a mi médico —ironizó el canónigo.

—Una vez salvado el primer obstáculo...

—Ah, ¿ya lo salvamos?

—Salvado queda.

—Subsiste el de mi hermana —afirmó, sofocando su enojo—. Necesito casarla. Si la dejo bajo el amparo del marido, me resignaría con mayor facilidad a no verla en esta vida.

—Entonces, casarémosla. Su majestad proveerá la dote.

Se midieron; el cardenal retaba abiertamente a Moya de Contreras. *Si de sarcasmos se trata, tragaos el mío:*

—Existe alguna otra barrera... ¿infranqueable?

Don Pedro, desvió la mirada con enorme esfuerzo.

—¿Cada cuándo cultiváis la obediencia? —instó el empurpurado.

—Ahora, si me otorgáis vuestra gracia —repuso, lívido—. Eminencia, nadie desacata la voluntad del rey. Su majestad señala el camino; yo echo a andar —soltó un suspiro—. Conste aquí, no busqué, ni codicio honores: estaba bien en Murcia, laborando para Dios. Pero, ya que Él me elige, pongo mi alma a su servicio. Seré el mejor de sus vasallos.

Espinosa se permitió una levísima sonrisa. Imitando al soberano, exclamó:

—¡Pláceme!





## UN SIRVIENTE DISCRETO

El inquisidor se apoyó en una columna. Sus pulmones estallaban cada vez que el enfado dominaba a la razón. *Desde luego, mis aflicciones le importan poco, o nada, al cardenal obispo.* La tos lo sacudió. *Me asfixiaré en esta plaza, mientras proporciono diversión al vulgo.*

De pronto, alguien le tomó una mano y la cubrió de besos. Don Pedro reculó, controlando su asco a duras penas. Hubiera querido borrar las huellas húmedas que ensuciaban su piel.

—Rafael Valle, para servir a Dios y a usía —dijo el desconocido.

*Su cuerpo, de poca estatura, tendría proporciones perfectas... excepto por esa gibilla.* Moya lo observaba con la atención que se presta a los insectos, cuando súbitamente el bellaco sonrió. Tal gesto, sin comprender el motivo, encrespó al prelado.

—Me lo comunicaron hace unos segundos —devolvía cada mirada—. Vuestra Paternidad aceptó el puesto. Necesitará secretarios.

Lo insólito de esa situación lo irritaba. *¡Me dirige la palabra sin mi anuencia!* Como si un hechizo le arrancara los vocablos, inquirió:

—¿Te refieres...?

—A la audiencia.

—¡Acaba de concluir! —profirió, Moya, azorado.

—Las paredes oyen. Si me lo propongo... o usía ordena, averiguo cualquier cosa.

Durante unos segundos lo atrajo una idea descabellada. *Pruebas. Conseguiría evidencias para el Tribunal. A veces, un testimonio conduce a la boguera.* Sopesó pros y contras.

—No, no me interesa —eliminaba la proposición, al maltrecho...

—Sé guardar secretos.

El canónigo se detuvo.

—Nadie guarda secretos —¡cuánto gozo le producía la refutación de falsedades!—. El dolor vence reticencias, olvidos.

—¿Quién, más que vos, lo aseguraría con tanta certeza? Por lo mismo, vuesa merced precisa un sirviente discreto.

—¿Tú? —carraspeó, burlón.

—Os escucharé sin riesgos para vos. Si mi silencio es inviolable, no desperdiciarán el tiempo interrogándome. El sufrimiento, medio de persuasión, quedaría descartado.

Dejó que aquella conjetura se filtrara en el cerebro de don Pedro. *De alguna manera esta piltrafa intuye lo obvio: no cuento con amigos. Mi oficio me aparta del mundo; entre multitudes, estoy solo...* Decidió clausurar ese encuentro intempestivo.

—Ninguna falta me haces. Vete —dio un paso.

—Aquí, en estos reinos tenéis confesor... Un oído dispuesto. Y, ¿allende el mar?

—Un obispo guiará mi alma —¿Yo? ¿Doy explicaciones? Ignoraba qué lo alababa más: aquel jorobetas o su propia actitud. *La impaciencia me traiciona.* Avanzó otro paso.

—A veces, se requiere un confidente... —le cerraba la vía con toda intención—. Acaso, por su excelsa rectitud, vuesa merced desconozca tales angustias.

—Aparta —*no, no me engañas, sabandija. ¿Tus alabanzas? Insultos disfrazados*—. Ninguno más imperfecto que yo.

Los transúntes moderaban la voz al pasar cerca del dominico. La capa con capucha negra los cohibía. En su imaginación, ese color tapaba el alba<sup>2</sup> y el rosario sujeto al cinto. Lo asociaban a las tinieblas del Santo Oficio, donde ni siquiera las rogativas a la Virgen salvaban. Un inquisidor no dialoga: inquiere. Por eso les asombraba esa extraña plática que ya se extendía demasiado.

—No sé leer, ni escribir —reanudó Rafael. Encubriendo sus carencias, añadió—: Pero plancho, lavo, cocino, limpio, remiendo, pulo, peino...

—Tengo criados.

—También impongo disciplinas, ajusto silicios, aplico sanguijuelas, sangrías...

—En resumen: dechado de virtudes. Aparta o...

—Solo poseo una virtud, la discreción.

2 Hábito, sotana.

—Vanitas vanitatum.<sup>3</sup>

—Le daré a usía una prueba contundente. Si tras recibirla no me acepta, me iré.

—Te irás si lo mando —aseveró el religioso, perdiendo la serenidad—. ¿Quién te crees para establecer condiciones?

—El más humilde de vuestros lacayos. A vuestro servicio, mi cuerpo se nutrirá... y mi espíritu alcanzaría la gloria eterna. Dadme una oportunidad, una pequeñísima oportunidad. Os demostraré mi devoción —con rapidez inaudita le agarró la diestra; nuevamente la cubrió de besos—. Por favor, por favor, concededme esta gracia... Atravieso un trance difícil —en su apuro, mascullaba—: No hallo trabajo. No tengo techo, ni comida.

—¡Suelta! —al rescatar su palma la frotó contra el hábito. *Me repugna.*

Se volvió. Tres rapaces interrumpían sus juegos. Una doncella, acompañada por su dueña, absorbía cada sílaba. El corrillo engrosaba, al igual que las conjeturas.

—Os lo ruego por la memoria de vuestro padre, don Rodrigo de Moya y Moscoso —dijo, como último recurso, y se echó a sus pies.

Al inquisidor se le nubló la vista. Durante un segundo pensó que caería sobre las baldosas.

—¿Cómo sabes ese nombre?

—Lo sé... y también su secreto... vuestro secreto. Usía lo heredó, además de blasones, mayorazgo, tierras.

Don Pedro miró a su alrededor. *Estos fisgones... ¿están demasiado cerca? ¿Perciben semejantes disparates?*

—Bien, ¡bien! —musitó, colérico. Detestaba el ridículo en público. Más aún que un villano mencionara a su familia con tal desacato—. Tengo el tiempo ocupado. Ve al convento en quince días, antes del ángelus —*te partiré la crisma, engendro*—. Ahí arreglaremos cuentas.

Los curiosos le abrieron paso entre reverencias.

La tos desapareció calle abajo, mientras el mozo se erguía de un brinco y, riéndose, caminaba hacia un callejón umbroso.

Dos semanas después, el asombro casi paraliza su corazón. A la luz de una vela, Rafael lo esperaba en la celda.

—¿Cómo entraste aquí?

3 Vanidad de vanidades.

El muchacho, al agacharse, besó el cíngulo.

—¿Trepaste los muros altísimos del huerto? —indagó, sin prestar atención al signo de respeto—. ¡Un simio! Eso eres. ¡Un simio!

Nueva reverencia.

—¡Contesta! —ordenó, mas no le permitía obedecer—. ¿Te encaramas por las azoteas, por una colindancia?

Las campanas llamaron a oración. Una luz postrera se filtraba por las ventanas; *pronto saldrá la primera estrella*. El dominico tocó su rosario.

—Despacha pronto —*¡cuánto me fastidia!*—. Quiero participar en los rezos.

Rafael se acercó al bargeño. Tomó una cajita finamente labrada y la agitó. Un ruidillo escalofriante resonó entre aquellas paredes blancas.

*Lo recuerdo como si acabara de ocurrir: «Daré a usía una prueba contundente».*

—¿La prueba? ¿Aquí metiste la prueba? —*¡ahora me esmero en adivinar su pensamiento!* Las pupilas verdes brillaron con astucia. *Sabe el secreto de mi padre... ¿Lo sabe?* Don Pedro estudiaba al pillastre cuando husmeó algo desagradable. Un tufo conocido. Intentó identificar el olor, pero Rafael lo distraía, señalando su boca.

Entonces abrió la caja. Casi a ciegas, tanteó el contenido. *¿Qué tientó? Un pedazo de... ¿carne?* Apenas lo alzó hasta su rostro, lo soltó, al mismo tiempo que sofocaba un grito. La náusea le subía a la garganta. *Desvarío. Esto no ocurre.*

Trastabilló hasta la palangana para enjuagar sus dedos. *Desde que conozco a este tunante no ceso de limpiarme.* Todavía sosteniendo la jarra, balbuceó:

—¿Tu lengua?

De pronto necesitó más luz, mucha más. Sin embargo, trepidaba a tal grado que apenas pudo colocar una segunda vela en el candelabro.

—¡Loco! —se exaltó—. Eres un... un orate, un desquiciado... un... ¡Al pozo! ¡Palos! ¡Agua helada! —sacudía el índice ante la cara de Rafael—. Yo no te lo pedí. No te pedí nada. ¿Entiendes? No me acusarás de... No te incité. ¡Ni siquiera lo imaginaba!

Examinó al giboso, pasando de la furia a la indignación.

—¿Por qué estropeaste tu cuerpo? No te asiste causa alguna —apretó el puño hasta que enrojeció—. Ah, dirás: ¡hubo causa! Te mutilaste porque de-seas convertirte en mi camarero. Sí, sí, pretendes obligarme... ¡A mí! Todos me endilgan su voluntad, el rey, el cardenal... —casi se atraganta—. Pues no lo lograrás. Te irás ahora mismo.

Se arrojó sobre el hombrecillo y, con toda su fuerza, lo tiró al suelo.

—¡Largo! ¡Largo de aquí!

Rafael se replegó. Sus pupilas centellaban igual que los dientes. *Un gruñido infrahumano invade la celda. ¿De dónde sale? ¿De su hocico?* Lo escudriñó, horrorizado. *No puedo apartar los ojos.* Buscó apoyo y vio una sombra gigantesca.

—¡Mentira! Engaño de los sentidos —tartamudeó, intentando calmarse.

La habitación, demasiado estrecha y en penumbras, le provocó claustrofobia. A él, acostumbrado a todo, se le erizó el vello. El gruñido aumentaba.

—Calla, aborto. ¡Calla de una vez! —*el sonido me raspa los tímpanos. No lo soporto.* Le asestó un puntapié y, al instante, Rafael lanzó la tarascada.

—¡Mi mano! —sin dar crédito, inspeccionaba el desgarrón. *¡Me mordió! Mi piel... rota.*

Las tinieblas, ondulantes, pegajosas, parecían oscilar bajo luces rojas. El inquisidor retrocedió.

Su sangre escurría a goterones. Sobre el dorso, *huellas de los colmillos.* Las sombras se concretaron. Una figura salió de lo oscuro. *¡El can cerbero! ¿Este truhán se transformó en demonio?* Por instinto, conjuró:

—Vade retro<sup>4</sup> —y alzaba su brazo, cual Cristo exterminador.

*¿Grité? ¿Murmuré el mandato?* Aquel silencio, más denso que nunca, lo ensordecía. Por un momento creyó hundirse en la locura. *El malo en casa santa.*

De repente, la realidad se impuso.

*El gruñido ya no existe.* Todavía atontado, observó ante sí. *La sombra maléfica desaparece. Al enderezarse, el mudo recobra su apariencia humana.* Sintió un vahído. *Mantengo el brazo en alto,* se dijo y, abochornado, lo encogió. A tientas, se echó sobre una silla.

Mostrando un desparpajo pasmoso, el mozalbete abrió un arcón en tanto don Pedro profetizaba, como si su mente estuviera separada de la carcasa: *buscará un lienzo; cortará largas vendas.* A medida que lo atendía, el sacerdote se recuperaba. *Verterá agua. Me curará.* Calibró al intruso: *un gusano. ¿Por qué vacilo?* La respuesta, inalterable: *sabe el secreto de mi padre.*

Al terminar su tarea Rafael, arrodillado, besó el hábito. *Establece jerarquías.* Con esa humillación restituía el orden universal. *¡Mando yo!*

Rafael escuchó el portazo. *Huyes, inquisidor. Tu frialdad era mero fingimiento. Ni siquiera ordenaste que me fuera.* Dueño del cuarto, el mozo lo recorrió a zancadas. Una exaltación nerviosa lo invadía: *logré mi objetivo. Moya, tienes nuevo criado.* A cambio de su mudez. El silencio le pesaba cual lápida mortuoria. *Pero no me arrepiento. Estoy, siempre estaré, dispuesto a pagar el precio de mi venganza.*

4 Retrocede. Exorcismo para ahuyentar a Satanás.

Sentado ante la mesa, recorrió la madera con los dedos. Olía a cera, a la cera dulce que fabrican las abejas. Siguiendo un impulso, sacó una hoja, mojó la pluma y escribió: vici<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Venci. Tomado de la frase célebre de Julio César: «Veni, vidi, vici». (Vine, vi, venci).